

Comentarios de Vicente Mengod

DONDE ESTAS, CONSTANZA

De José Luis Rosasco. Premio de Novela 1980. Editorial Andrés Bello. Santiago. 112 págs.

La obra tiene, como punto de partida, una frase de Ernesto Cardenal: "La persona más próxima a mí eres tú, a la que sin embargo no veo hace tanto tiempo más que en sueños". Y eso indica que las "revelaciones" forman parte de nosotros mismos, si bien lo valioso consiste en saber escuchar, en distinguir la intensidad de los sucesos que sólo vemos al pasar, sin prestarles atención.

"Dónde estás, Constanza" es un relato lineal, una evocación sencilla y maestra de unos hechos que exponen las facetas de un romanticismo claro, sin tragedia, posible e incluso necesario en la vida de los adolescentes.

¿Quién no ha preguntado por un nombre, o ha soñado en lugares idílicos? Lo interesante es que esa pregunta se haga desde una realidad vivida, desde un palacio a la manera de Alain Fournier, o muy cerca de una casa pobre, inconclusa, mordida por el tiempo, en donde viven personajes que, por ser tan frecuentes, llegan a convertirse en un símbolo, en una forma de vivir la vida.

José Luis Rosasco emplea un lenguaje hablado, sin complicaciones, sigue los pasos de los adultos y de los jóvenes como si fuera el cronista que no deja pasar un gesto, ni un pensamiento dicho o insinuado.

El lector lo sigue de cerca, se integra al grupo, asiste a las tardes en un cine rotativo, llega y se detiene en las puertas de un restaurante, corre detrás de los aventureros que se instalan en una casa abandonada. Cerca de ese lugar, el viento, una poza de agua que se transforma en estero, velas encendidas que iluminan una noche de amor.

Después, la huida, la pregunta que brota como nostalgia, como un deseo de afirmar y hacer eterno el ensueño. El paisaje pedregoso parece cubrirse de flores, las tablas viejas expelen su aroma reconcentrado, los caminos se disparan en busca de horizontes ideales, los personajes se agrandan, y los gritos desaparecen.

Novela que se ha construido mediante planos yuxtapuestos, capítulos rotulados como incitación a uno o varios cuentos que forman la trama. Situaciones que se abordan y resuelven con rapidez, sin adornos estilísticos.

Los personajes permanecen en la memoria, porque el autor los puso en marcha y les dio relieve con unas pinceladas esenciales. Alguien le dice a uno de los protagonistas: "¡Estás en la cresta de la ola! No se habla más que de ti en el barrio y también, esta mañana, en el curso; la media familia que te agarraste. Hasta mi prima Graciela dice que te has convertido en un jovencito de película". "Ya, lárgamela toda, todita la historia".

Pero no hay respuesta concreta: "No hay nada que contar".

Varias razones novelescas las ignoran los personajes, pero las anticipa, en una frase breve, el autor, no porque asuma el papel de narrador omnisciente, sino porque ha depurado sus recursos narrativos. Deja que adultos y jóvenes sean ellos mismos, sin que estén manejados por hilos más o menos visibles.

El "marino" que aparece en la novela no es un hombre que enfila su barca y se pierde mar adentro.

Está en su sitio, cuenta una historia romántica que apoya a otros romanticismos. Los oyentes le preguntan: "¿Qué es mejor, qué es lo mejor?". Y la respuesta: "Eso no lo sabe nadie o sólo lo sabe cada uno".

José Luis Rosasco estudió Derecho en Chile y Relaciones Industriales en Estados Unidos. Entre sus libros: "Mirar también a los ojos", "Ese verano y otros ayer", "El intercesor".

Su "nouvelle", ahora premiada, se lee sin pausa, indica que Chile tiene poetas y buenos novelistas.

V.M.

FRONTERA

De Luis Durand. Texto original completo. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1980.

Dentro de los límites provincianos, esta obra tiene significaciones simbólicas, señala una especie de fórmula para desembocar en la gran novela nacional. Notables son varios de sus personajes.

Anselmo Mendoza, hombre visceral; Domingo Malín, arquetipo de su raza indígena; Terencia Tagle, mujer de opulencia sensual y ternura muelle; Isabel y Lucinda que vibran en ansias de formar una familia; Belarmino, chiquillón de anchas espaldas, muy despejado y tranquilo para entenderse "con la gente difícil de tratar"; el escribano Albarán, de ojos negros y esquivos. Le gustaba hacer alarde de su heroico comportamiento en la batalla de Miraflores. Junto a esta galería de personajes: el doctor Dumont, el Verde y doña Adolfinia, "mujer de bondad áspera". El lenguaje culto y la expresión vernácula le sirvieron a Durand para establecer fuertes contrastes.

A veces, captó los mensajes telúricos. El decir y la enjundia campesinos le brotaban de una manera natural, sin necesidad de llegar a una forzada elaboración lingüística, pena y calvario de algunos costumbristas. De ahí la frescura y